

EL PRIMER ENCUENTRO (CON ALESSIO).

Cuando desperté abrí la ventana para que entrara luz y eché un vistazo hacia afuera. La vista daba a la parte de atrás de la casa que tenía un parque enorme con muchos árboles. Abajo había un hombre haciendo unos movimientos extraños que me recordaron al taekwondo, arte marcial que practiqué desde los nueve años. También me evocaron a las figuras que la noche anterior había visto en la biblioteca.

El hombre parecía ser Alessio, aunque no estaba seguro. Me vestí rápidamente para encontrarme con ellos, cuando alguien golpeó la puerta. Abrí y era la señora gorda que me atendió el día anterior. Me dijo que los señores me esperaban para desayunar. La señora me condujo a través de la casa a una enorme cocina que daba a la parte de atrás de la misma desde donde podía ver a Alessio y a Micaela sentados, esperándome. Cuando me vieron se alegraron de inmediato. Alessio fue el más efusivo.

–¡Bienvenido! –exclamó con una gran sonrisa.

Se puso de pie y colocó su palma izquierda sobre mi hombro mientras que con la otra estrechó mi mano enérgicamente. Mientras, Micaela sentada y cruzada de piernas, contemplaba la escena con una gran sonrisa. Me invitó a tomar asiento y a compartir el desayuno.

–¿Y cómo te ha tratado Micaela en mi ausencia? –preguntó Alessio echándole una mirada furtiva a Micaela que todavía no decía una palabra, solo sonreía.

–¡Muy bien! ¡Tiene un gran poder de convicción! –dije.

–¡Sí, es verdad, es imposible negársele! –agregó Alessio y Micaela hizo un gesto indicando que no era así.

–¡Lo que ocurre es que los hombres son muy fáciles de convencer! –dijo participando en la conversación.

Alessio abrió los ojos en fingido gesto de asombro.

Micaela se puso de pie y se disculpó por interrumpir la conversación. Dijo que tenía un trámite urgente que hacer y que tenía que partir.

–¡Nos vemos esta noche para cenar juntos y seguir conversando!, ¿verdad? –me preguntó directo como si fuera un hecho.

–¡No, no, hoy no puedo!, ¡Tengo un compromiso ineludible! –dije excusándome.

–¡Muy bien, será hasta la próxima vez entonces!, ¡Recuerda que tenemos algo pendiente! –dijo con picardía.

–¡Uuuuyy!, ¿qué me perdí? –preguntó Alessio.

Yo no supe que hacer. Estaba sonrojado de la vergüenza.

–¡Me refiero a las figuras de poder que tocaste! –aclaró entre risas Micaela, mientras se alejaba de la mesa.

Alessio se inclinó hacia atrás en otro fingido gesto de asombro.

Yo sonreí y Alessio dijo que no me preocupara, que ella era así, que le gustaba poner a los hombres en evidencia.

Una vez solos Alessio fue directo al grano.

–Bien, te explicaré– anunció y aclaró la voz–. Lo que necesito es una persona que cumpla con una doble función; que trabaje como chofer y como mi asistente personal –dijo y me miró fijamente a la espera de un comentario de mi parte.

–Usted sabe que como chofer no hay problema pero no sé qué tanto pueda ayudarle como asistente... ¿de qué se trata? –pregunté curioso.

–No es gran cosa, necesito que tomes notas en unas reuniones en las que participo y que organices los materiales en la computadora. Tendrás que «aprender» algunas cosas pero nada del otro mundo –me explicó e hizo una cierta inflexión en «aprender».

–Soy buen estudiante y aprendiz, no se preocupe por eso –agregué por mi parte interpretando lo que entendí era el punto clave de la propuesta laboral que me estaba haciendo.

–¿Cuánto ganabas en el hotel? –me preguntó directo y sin tapujos.

–Bueno... entre las horas, pagas y las propinas... unos cuatrocientos dólares a la semana –le expliqué.

–¿Y cuál es el horario? –preguntó.

–Trabajo cinco días a la semana de ocho a cinco, pero tengo dos días libres, aunque no necesariamente los fines de semana, y a veces trabajo por las noches de doce a ocho.

Alessio no dijo nada, solo guardó silencio. Parecía analizar la situación.

–Pues bien... –dijo por fin–, yo necesito que trabajes de siete a siete y seis días a la semana, con el domingo libre... pero te pagaré el doble al principio... ¿qué te parece el trato? –me instó a considerar lo que me había dicho. Yo no sabía qué hacer, pues me parecía extraordinario, ganaría el doble y por un par de horas más, y solo inicialmente.

–Pues si... si, si acepto –dije sin poder contener la emoción. Alessio se percató de mi reacción y sonrió con gusto. Me estrechó la mano y dijo que era un trato. Luego se puso en pie y me dijo que tenía que prepararse para salir, que hiciera los arreglos pertinentes y que apenas estuvieran resueltos le comunicara cuando podía empezar. Caminamos hacia la casa y me derivó al señor que el día anterior me había abierto la puerta.

–¡Entonces tenemos un trato! –afirmó nuevamente y me estrechó la mano. Yo dije si y se despidió.

Cuando salí de la casa cavilé en la propuesta y me proyecté en el futuro. No lo podía creer, por fin había conseguido una buena oportunidad. Además de ganar un buen dinero tendría la oportunidad de aprender cosas que no imaginaba, pues si bien no sabía a qué se dedicaba Alessio ni que hacía, estaba seguro de que era importante y que podría verme beneficiado de esa relación laboral. Estaba contento y feliz. Ese mismo día fui al hotel y comuniqué mi renuncia.